

FILÓSTRATO

VIDA DE APOLONIO
DE TIANA

TRADUCCIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE
ALBERTO BERNABÉ PAJARES

Ofrecido por VenerabilisOpus.org
Dedicados a preservar el rico patrimonio
cultural y espiritual de la humanidad.

EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G. , la traducción de esta obra ha sido revisada por AURELIO PÉREZ JIMÉNEZ.

© **EDITORIAL GREDOS, S. A.**

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1992.

REIMPRESIÓN.

Depósito Legal: M. 8819-1992.

ISBN 84-249-3522-5.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1992. — 6497.

LIBRO III

SINOPSIS

- Las maravillas de la India (1-5).
- La cacería de dragones (6-9).
- Llegada a la colina de los sabios (10-14).
- Los Brahmanes (15).
- Conversaciones con Yarcas (16-19).
- Historia del rey Ganges (20-21).
- Reencarnaciones: Palamedes, Apolonio (22-24).
- Discusión sobre la justicia (25).
- El banquete con el rey (26-30).
- El rey menosprecia a los atenienses (31-32).
- Despedida del rey (33-34).
- Origen y configuración del mundo (34-37).
- El poseso y otros milagros (38-41).
- La presciencia y la adivinación (42-44).
- La martícora, la pantarbe, los grifos, el fénix (45-49).
- Regreso de la colina de los sabios (50-58).

*Las maravillas
de la India*

Acerca del Hifasis, cuál era la longitud de su curso a través de la India y qué hay de admirable respecto a él, es preciso conocer lo siguiente: las fuentes de este río surgen de un llano, y desde allí mismo son navegables, pero al avanzar su curso son ya intransitables para las naves, pues aparecen a flor de agua, alternativamente de un lado y de otro, aristas de roca, alrededor de las cuales es forzoso que la corriente gire y haga el río impracticable. Su anchura es como la del Istro¹⁴³ y se considera que ése es el mayor de los ríos que fluyen en Europa. Árboles semejantes a los de aquél crecen también junto a sus orillas. Destila de los árboles una especie de bálsamo, que los indios usan como unguento nupcial, y si no rocían con este bálsamo a los novios los asistentes a la boda, se considera incompleta y no acomodada a la merced de Afrodita. Dicen que están consagrados a esta diosa la propia arboleda de alrededor del río y los peces pavo-real, que sólo cría este río. Les han dado el mismo nombre que al ave porque tienen azules las aletas dorsales, moteadas las escamas y doradas las colas que, cuando quieren, doblan hacia atrás.

Hay también un animal en este río semejante a un gusano blanco¹⁴⁴. Fundiéndolo, fabrican un aceite; de

¹⁴³ El Danubio.

¹⁴⁴ Una referencia a este mismo gusano maravilloso la da CRESIAS en FOCIO, 48 b 9. Aquí, como en otros pasajes, puede detec-

este aceite se produce una llama y nada, salvo el cristal, puede resistirla. Se captura este animal sólo para el rey, para la conquista de fortalezas, pues cuando la grasa toca las almenas, se provoca un fuego más poderoso que cuantos medios de extinción han hallado los hombres contra los combustibles.

- 2 Dicen también que se capturan asnos salvajes¹⁴⁵ en los pantanos; que estos animales tienen en la frente un cuerno con el que combaten al modo taurino y no sin nobleza. Asimismo, que los indios hacen una copa de este cuerno, pues el que bebe de ella, ni enferma en aquel día, ni se duele ni resulta herido, así como podría atravesar por el fuego y no se vería afectado por cuantas pociones hace daño beber. También, que la copa es propia de reyes, y sólo al rey se le permite su caza.

Apolonio afirma haber visto al animal y haberse admirado de su naturaleza y que, cuando Damis le preguntó si creía la historia acerca de la copa, dijo:

—Lo creeré, si me entero de que el rey de los indios de aquí es inmortal, pues quien puede ofrecerme a mí y a cualquiera una bebida que libra de la enfermedad y tan sana, ¿cómo no será más verosímil que la escancie para sí mismo y beba a diario de ese cuerno hasta la embriaguez? Pues nadie censurará, creo, al que se emborrache con ella.

- 3 Dicen que allí encontraron también a una mujeruca negra de la cabeza a los pechos, pero blanca por toda la parte desde los pechos hasta los pies; que los demás huyeron de ella como de un monstruo, pero que Apolonio tomó a la mujeruca de la mano y com-

tarse el uso de Ctesias como fuente para las maravillas de la India.

¹⁴⁵ Se trata de los míticos unicornios, cuya descripción procede también de Ctesias. Cf. CTESIAS en FOCIO, 48 b 19 sigs.

prendía lo que era en realidad. Se consagra a Afrodita, al parecer, una india de esta clase, y también nace en honor de la diosa una mujer multicolor, como Apis ¹⁴⁶ entre los egipcios.

Desde allí dicen que cruzaron la parte del Cáucaso ⁴ que se extiende hasta el Mar Rojo ¹⁴⁷ y que está enteramente cubierta por breñales de plantas aromáticas. Asimismo, que las estribaciones del monte producen cinamomo y que éste se parece a las cepas nuevas, pero la prueba de que se trata de la especia es la cabra. Pues si alguien le acerca cinamomo a una cabra, gañirá tras la mano como un perro; al marcharse, lo seguirá, apoyando su nariz contra él, y si se la lleva el cabrero, gemirá como si la apartaran del loto ¹⁴⁸.

En los precipicios del monte crecen elevados árboles de incienso y muchas otras especies, como por ejemplo, los árboles de la pimienta, cuyos cultivadores son los monos. A qué se parece este árbol es cosa que no han pasado por alto. Yo voy a dar su descripción, de la manera que quedó dicha por ellos.

El árbol de la pimienta se parece al agnocasto de los griegos en todo, pero especialmente en el racimo del fruto. Crece en los precipicios, inaccesible a los hombres. Allí, en las cavidades y cuanto hay hueco del monte, se dice que habita una comunidad de monos, a los que los indios aprecian en mucho porque arrancan la pimienta. Así que los protegen de los leones con perros y armas. Ataca al mono el león: cuando está en-

¹⁴⁶ Animal sagrado en el que, según las creencias de la religión egipcia, se hallaban reunidas las almas de Ptah y Osiris.

¹⁴⁷ Parece que se refiere a las montañas entre el Hífnis y el Ganges, pero la indicación geográfica, como todas las de la obra, no es muy precisa. Aquí también el Mar Rojo es el Golfo Pérsico.

¹⁴⁸ Alusión al episodio odiseico de los Lotófagos. Cf. la nota 89 a I 39.

fermo, como remedio, pues esta carne le detiene la enfermedad, y cuando está viejo, como alimento, pues una vez que se les ha pasado la edad para la caza de ciervos y jabalíes devoran monos, empleando para ello la fuerza que les queda. Los hombres, con todo, no se lo permiten, sino que, considerando a estos animales como bienhechores, toman las armas en su defensa contra los leones.

Lo que se hace con los árboles de la pimienta es lo siguiente: acercándose los indios a los árboles de abajo, tras haber arrancado el fruto, hacen pequeñas eras en torno a los árboles y en ellas amontonan la pimienta, como si la tiraran como cosa sin valor y no importante para los hombres. Los monos, que desde arriba y desde los lugares inaccesibles lo ven, al llegar la noche imitan la tarea de los indios, así que, tras arrancar las ramas de los árboles, las tiran, echándolas a las eras. Los indios, con el día, levantan los montones de especia, sin haberse tomado ningún trabajo, sino sin esfuerzo y echados a dormir.

- 5 Una vez que ganaron la cima del monte, dicen que vieron una planicie muy llana, cortada por fosos llenos de agua. Que de ellos, unos eran diagonales y otros rectos, alimentados por el río Ganges y sirviendo de límites de la tierra, así como para acarrear agua a las llanuras cuando la tierra estaba seca.

Afirman que esta tierra es la mejor de la India y el mayor de los distritos de allí, a una distancia de quince días de jornada hasta el Ganges y dieciocho desde el mar hasta el monte de los monos, por cuyos alrededores se extiende. Toda la región es una llanura oscura y fértil en todo, pues se ven en ella espigas crecidas como cañas, se ven habas de triple tamaño que las de los egipcios, sésamo y mijo, todo ello enorme. Dicen que allí también se crían unas nueces, muchas de las cuales se consagran en nuestros templos

de aquí como objeto de admiración. Que se crían vides pequeñas como las de los lidios y meonios, pero buenas para beber y aromáticas desde que se arrancan. Allí dicen que encontraron también un árbol parecido al laurel, y que le sale un cáliz semejante a una granada muy grande, y que dentro del cáliz hay un fruto azulado como los cálices de los jacintos, el más dulce de cuantos producen las estaciones.

*La cacería
de dragones*

Al descender del monte dicen que ⁶ asistieron a una cacería de dragones, acerca de la que es obligado hablar. Pues muy necio sería que acerca de la liebre y de cómo se captura y debe capturarse hayan dicho muchas cosas los que se preocupan por estos temas, y que pasáramos por alto la narración de una caza noble y prodigiosa, ni siquiera omitida por el sabio en cuyo honor escribí estos relatos.

Toda la región de la India está, efectivamente, cubierta por dragones de enormes proporciones; llenos sus pantanos, llenos sus montes, ni una colina libre de ellos. Los palustres son perezosos y de treinta codos de largo. No les crece cresta, sino que son semejantes a las dragonas, bastante negros por la espalda y menos escamosos que los demás. Se ha ocupado de su descripción, de modo más sabio que los demás poetas, Homero, que dejó dicho que el dragón de Aulide, que vivía cerca de la fuente, era leonado de lomo ¹⁴⁹; pero los demás poetas afirman que su congénere del bosque de Nemea tenía una cresta, cosa que no podríamos encontrar en los palustres.

Los que se hallan al abrigo de los cerros y las cum- ⁷ bres se lanzan a los llanos para la caza y superan a los palustres en todo, pues alcanzan más tamaño, se mueven más de prisa que los ríos más veloces y nada

¹⁴⁹ *Iliada* II 308.

puede huir de ellos. Les sale asimismo una cresta que, de jóvenes, se eleva hasta una altura moderada, pero, de adultos, crece con ellos y alcanza gran tamaño. Es cuando ellos se vuelven rojos y con el lomo aserrado. Éstos tienen una barba incipiente y llevan el cuello levantado hacia arriba; brillan sus escamas como plata; las niñas de sus ojos son una piedra ígnea y afirman que su poder es irresistible para muchos propósitos secretos.

Resulta para los cazadores un hallazgo el del llano cuando hace presa en un elefante, pues ello representa la muerte de ambos animales. La presa para los que cazan dragones son los ojos, la piel y los dientes. Éstos, en muchos aspectos, son semejantes a los de los jabalíes de mayor tamaño, pero más finos, torcidos y de punta no desgastable por el uso, como los de los grandes peces.

- 8 Los dragones de la montaña presentan escamas doradas. De tamaño mayor que los de la llanura, su barba es ensortijada, también dorada. Tienen sus cejas más prominentes que los de la llanura, y su ojo se hunde bajo la ceja, terrible y de mirada descarada. Emiten un sonido casi de bronce cuando reptan por tierra. De sus crestas, que son rojas como el fuego, brota una llama mayor que la de una antorcha. Éstos hacen también presa de los elefantes, y ellos son presa de los indios del modo siguiente: tras bordar unas letras de oro en un manto teñido de escarlata, lo ponen delante de la guarida. Una vez que provocan con ensalmos en las letras el sueño por el cual siente vencidos sus ojos el dragón, aun cuando son inamovibles, pronuncian asimismo sobre él muchos ensalmos de la sabiduría secreta, por los que se ve inducido, así que, sacando su cuello de la guarida, se queda dormido sobre las letras. Por consiguiente, los indios, cayendo sobre él mientras yace, lo despachan a hachazos y, tras cortarle

la cabeza, le arrebatan las piedras que hay en ella. Dicen que hay acumuladas en las cabezas de los dragones del monte unas piedras; en cuanto a su aspecto, brillantes y con destellos de todos los colores, y en cuanto a su poder, mágicas como el anillo que dicen que llegó a poseer Gíges ¹⁵⁰. Muchas veces, sin embargo, haciendo presa del indio con hacha y todo, pese a su destreza, se marcha llevándose a su guarida, bamboleando casi el monte. Dicen que éstos habitan también los montes alrededor del Mar Rojo y afirman que se oye su terrible silbido y que, bajando al mar, se adentran mucho en las aguas. En cuanto a los años que alcanza este animal, es cosa imposible de saber e inverosímil de decir. Esto es todo lo que sé acerca de los dragones.

La ciudad que hay al pie del monte, que es muy ⁹ grande, dicen que se llama Paraca y que en su centro hay consagradas muchísimas cabezas de dragones, pues los indios de allí se ejercitan en esta caza desde jóvenes. Dicen también que comprenden cuanto dicen y piensan los animales si se alimentan, sea con el corazón, sea con el hígado del dragón. Asimismo, que en su marcha les pareció oír la flauta de un pastor que juntaba el rebaño, pero en realidad lo que estaba apacentando eran ciervas blancas. Los indios las ordeñan porque encuentran su leche muy nutritiva.

Desde allí, y tras cubrir una jornada ¹⁰ de cuatro días a través de una región fértil y productiva, dicen que llegaron a la ciudadela de los sabios y que el guía, tras ordenar al camello que doblara la rodilla, se bajó de él de un salto, muy asustado y lleno de sudor. Que Apolonio comprendió a

*Llegada a
la colina de
los sabios*

¹⁵⁰ Según cuenta HERÓDOTO, I 8, el anillo del rey lidio Gíges hacía invisible a su portador.

dónde habían llegado y que, riéndose del temor del indio, dijo:

—Me parece que ése, incluso si hubiera tocado puerto después de haber recorrido un largo camino por mar, se afligiría de hallarse en tierra y tendría miedo de estar en un puerto.

Y al tiempo de decir esto, ordenó al camello que se agachara, pues ya estaba bien acostumbrado a esta clase de cosas. Al parecer, lo que provocaba el gran espanto del guía era el haber llegado a las cercanías de los sabios, pues los indios los temen más que a su propio rey, dado que también el propio rey a quien está sometida la región les pregunta a estos hombres acerca de todo cuanto debe decirse o hacerse, como quienes envían a consultar a un oráculo de un dios, y ellos, o bien les indican lo que es más ventajoso hacer, o bien les prohíben y advierten por medio de señales lo que no es más ventajoso.

- 11 Dispuestos a detenerse en la aldea más cercana —distante de la colina de los sabios apenas un estadio—, dicen que vieron a un joven que llegaba a la carrera, el más negro de todos los indios, y que le brillaba suavemente el entrecejo, en forma de cuarto creciente. Eso mismo lo he oído decir tiempo después acerca de Menón¹⁵¹, el pupilo del sofista Herodes¹⁵², que era etíope; a saber, que le apareció en su adolescencia, pero que al acercarse a su edad madura, tal resplandor se desvaneció y desapareció con su juventud. Dicen que el indio llevaba un ancla de oro que los indios

¹⁵¹ Filóstrato cita a este personaje en la Biografía de Herodes Ático, dentro de sus *Biografías de los Sofistas* (558).

¹⁵² El sofista Herodes fue un rétor del siglo II d. C., que alcanzó un enorme prestigio en su época, llegando incluso a cónsul, y que al final de su vida tuvo una escuela de retórica en Atenas, donde su fortuna le permitió subvencionar espléndidos monumentos.

consideran cosa propia del heraldo por su cualidad de retenerlo todo.

Dicen asimismo que, tras llegar corriendo junto a Apolonio, le dirigió la palabra en lengua griega y que eso en absoluto les pareció extraño porque todos los de la aldea hablaban griego, que, en cambio, lo de «Salud, Fulano» (a cada uno, por su nombre), provocó el asombro de los demás, pero al sabio le dio ánimo en aquello por lo que había venido, pues, mirando a Damis, dijo:

—Junto a hombres verdaderamente sabios hemos llegado, pues demuestran conocer de antemano.

Inmediatamente le preguntó al indio qué debía hacer, deseoso como estaba ya de una entrevista. Y el indio dijo:

—Es preciso que éstos se detengan aquí y que tú vengas como estás, pues ellos lo mandan.

Eso de «ellos» le pareció ya a Apolonio cosa pitagórica¹⁵³, así que lo siguió de buena gana.

La colina sobre la que los sabios tienen su sede, dicen que es de alta como la acrópolis de Atenas; que se alza sobre una llanura e, igualmente bien dotada por la naturaleza, la fortifica la roca que la circunda en todo su contorno. Asimismo, que por todas partes vieron huellas de patas hendidas y marcas de barbillas y rostros, y que se veían aquí y allá señales de espaldas, semejantes a las de personas que se hubieran deslizado; pues afirman que cuando Dioniso, junto con Heracles, intentó tomar el lugar, ordenó a los Panes¹⁵⁴ que lo

¹⁵³ Esto es, de acuerdo con la costumbre de los discípulos de Pitágoras de no llamar jamás a su maestro por su nombre, sino sólo «él». La expresión favorita de los pitagóricos era *autòs épha* «él mismo lo dijo así»; cf. DIÓGENES LAERCIO, VIII 46.

¹⁵⁴ Los Panes son un antiguo colectivo de divinidades naturales, originado en las comunidades pastoriles de Arcadia, dioses pastores también, lascivos y juguetones, luego individualizados

atacaran, en la idea de que eran suficientes para el choque, pero que, fulminados por los sabios, cayeron cada uno de un modo, así que las piedras de alguna manera habían guardado impresas las diferentes formas del fracaso. Afirman también que vieron en torno a la colina una nube, en la que habitan los indios, visibles o invisibles según quieran. Si la colina tiene otros accesos, no lo saben, pues la nube que hay en torno suyo no permitía descubrir si estaba sin cercar o bien completamente cercada.

- 14 El mismo afirma que subió por la parte más hacia el sur de la colina, siguiendo al indio; y que vio primero un pozo de cuatro brazas por cuya boca se difundía un resplandor que era profundamente azul, y cuando el meridián del sol se situaba sobre él, tiraba del resplandor hacia arriba, por medio de su rayo, y lo elevaba, asumiendo el aspecto de un arco iris ardiente. Dice que luego se enteró acerca del pozo de que la tierra que había en su fondo era rejalgar; de que tenían al agua por mágica y de que ni la bebía ni la sacaba nadie, sino que se tomaba como testigo del juramento por toda la India de los alrededores. Dice también que cerca de éste hay un cráter de fuego de donde brotaba una llama plomiza, pero que no salía ningún humo de ella, ni olor alguno, ni se desbordaba nunca el tal cráter, sino que emitía lo suficiente para no rebosar de la hondonada. Allí los indios se purifican de las faltas inintencionadas, por lo que los sabios llaman al pozo «el de la prueba» y al fuego, «el del perdón».

También afirman que vieron un par de tinajas de piedra negra: una era de las lluvias, otra, de los vientos. La de las lluvias, abierta si la India se ve opri-

en el dios Pan; si bien este dios penetró tardíamente en la religión griega, y así, por ejemplo, Homero no lo menciona.

mida por la sequía, envía nubes y humedece la tierra toda, pero si las lluvias caen en demasía, las detiene, al cerrarse. La tinaja de los vientos hace lo mismo, creo, que el odre de Eolo ¹⁵⁵, pues al entreabrir la tinaja dejan escapar a uno sólo de los vientos para que sople en su estación, y con ello la tierra se robustece.

Dicen asimismo que encontraron imágenes de dioses, lo que, si bien en el caso de las indias y egipcias no fue para ellos motivo de asombro, sí lo fueron por lo menos las más antiguas de los griegos: la Atenea Políade, Apolo Delio, Dioniso Limneo, el Amicleo ¹⁵⁶ y otras tantas de la misma antigüedad. Dicen que esas las habían erigido esos indios y que las veneraban de acuerdo con los usos griegos.

Afirman también que habitaban la parte central de la India, consideran la colina el ombligo de la montaña y celebran ritos místéricos con el fuego que hay en ella, que aseguran que ellos mismos prenden de los rayos del Sol. Precisamente en su honor a mediodía entonan un himno todos los días.

¹⁵⁵ En la *Odisea* X 19 sigs, se nos dice que Eolo entregó a Ulises un pellejo de buey en el que había encerrado a los vientos, para permitirle una buena navegación, pero la curiosidad de los compañeros de Ulises les impulsó a abrirlo, y los vientos se precipitaron violentamente fuera del odre.

¹⁵⁶ «Políade» es un epíteto de Atenas que significa «protectora de la ciudad», advocación por la que se le designaba en el más antiguo templo de la diosa que había en Atenas, por oposición a la *Parthénos* y la *Prómachos*; Delio es el epíteto de Apolo de Delos, isla en la que se suponía que había nacido el dios (cf. el *Himno Homérico a Apolo*); Limneo quiere decir «del Pantano», y es una advocación bajo la que se veneraba a Dioniso en un barrio de Atenas (Limnas) al sur de la Acrópolis, cf. TUCÍDIDES, II 15, ARISTÓFANES, *Ranas* 216, etc.; en cuanto a Amicleo es el nombre de un santuario de Apolo, en la ciudad laconia de Amiclas, cf. TUCÍDIDES, V 18. Naturalmente, el dato es una muestra más de la helenización india que pretende Filóstrato, expresión de su profundo nacionalismo griego.

15

*Los
Brahmanes*

Qué clase de personas son estos hombres y cómo habitan la colina, nos lo describe personalmente nuestro hombre, pues en una de sus alocuciones a los egipcios dice: «Vi a los Brahmanes indios viviendo sobre la tierra y no sobre ella, fortificados sin fortificaciones y sin poseer otra cosa que lo de todos.» Esto lo escribió él de un modo demasiado abstruso, pero Damis afirma que acostumbraban a acostarse en el suelo, pero que la tierra extiende bajo ellos un lecho de la hierba que ellos prefieran y que, efectivamente, los ha visto levitar hasta dos codos por encima de la tierra, no como un efecto de magia, pues estos hombres rechazan tal clase de alarde, sino porque hacen todo cuanto realizan en honor del Sol alejándose de la tierra, como cosa apropiada para el dios.

El fuego que prenden del rayo del Sol, aunque es corpóreo, ni lo encienden sobre un altar, ni lo conservan en fanales, sino que, como los resplandores que del Sol se reflejan también en el agua, así se le ve por la altura y cabrilleando en el éter. Suplican, pues, al Sol por las estaciones que este mismo suministra, con objeto de que lleguen a tiempo a la tierra y la India prospere; y de noche, al rayo del Sol, para que no se irrite con la noche, sino que se quede tal como fue atraído por ellos. Eso es precisamente lo que quiere decir la frase de Apolonio «los Brahmanes están sobre la tierra y no sobre la tierra». Lo de «fortificados sin fortificaciones» alude al aire bajo el que viven. Pues, aunque dan la impresión de que acampan al sereno, elevan sobre ellos una capa de sombra, así que, si llueve, no se mojan, y están bajo el Sol cuando quieren.

En cuanto a lo de «sin poseer nada tienen lo de todos», Damis lo explica del modo siguiente: cuantas

fuentes les brotan de tierra a los bacantes cuando Dioniso los sacude a ellos y a la tierra ¹⁵⁷, les vienen asiduamente a estos indios cuando son invitados o invitan a un banquete. Así que con razón dice Apolonio que, al no procurarse nada con preparativos, sino lo que desean en el acto, tienen lo que no tienen.

Se dejan crecer el cabello, como antaño los lacedemonios, los turios, tarentinos y melios, y cuantos tenían a lo lacedemonio en aprecio. Se ciñen con una diadema blanca, descalza es su andadura, y arreglan su vestido como las túnicas de una sola manga ¹⁵⁸. El material de su vestido es una lana que la tierra cría espontáneamente: blanca, como la de los panfilios, pero crece más suave y destila de ella una grasa, como aceite. La consideran vestimenta sacra, y si algún otro, fuera de esos indios, la trata de coger, la tierra no le depara la lana. Dicen, asimismo, que el poder del anillo y el báculo que llevan lo logra todo y que los dos se estiman como mágicos.

*Conversaciones
con Yarcas*

Al acercarse Apolonio, los demás sa- ¹⁶
bios lo recibieron amistosamente, estrechándole las manos, mientras que Yarcas permanecía sentado sobre un elevado asiento que era de bronce negro y estaba cincelado con figuras de oro. Los asientos de los demás eran de bronce, pero sin decoración y menos altos, así que se sentaban más abajo de Yarcas. Al ver a Apolonio lo cumplimentó en lengua griega y

¹⁵⁷ Se refiere Filóstrato a la creencia de que el dios Dioniso, en las festividades a él dedicadas, hacía surgir de la tierra, para los celebrantes, fuentes de leche y de miel.

¹⁵⁸ Se trata de la prenda llamada en griego *exōmís*, un manto que deja un hombro y un brazo libres, parecido al que llevan aún algunos monjes budistas. La «lana» que se cita a continuación es probablemente asbesto, aunque sus propiedades han sido fantásticamente exageradas.

le pidió la carta del indio. Al extrañarse Apolonio por su clarividencia, Yarcas le dijo que le faltaba una letra a la carta, concretando que una delta, pues se le había escapado al que la escribió. Eso se demostró que era así. Una vez que leyó la epístola, dijo:

—¿Qué pensáis, Apolonio, de nosotros?

—¿Qué, sino lo que evidencia el haberme recorrido por vosotros un camino que nunca hizo ninguno de los hombres de donde yo?

—¿Y qué crees que sabemos más que tú?

—Yo pienso —contestó— que lo vuestro es más sabio y mucho más divino. Y, si no encontrara entre vosotros nada más que lo que sé, habría aprendido también que yo no tengo nada que aprender.

Respondiéndole, pues, el indio dijo:

—Los demás les preguntan a los recién llegados de dónde vienen y para qué. Para nosotros, la primera demostración de sabiduría nos la brinda el no desconocer al que viene. Comprueba, pues eso es lo primero.

Y tras decir esto, relató lo que se refería a Apolonio, desde su padre y su madre, todo lo de Egas, cómo se le unió Damis y en qué se habían ocupado durante el camino o en qué habían visto que otro se ocupaba. Todo ello, como si les hubiese acompañado en la expedición, lo dijo el indio sin tomar aliento y claramente. Al preguntarle Apolonio, atónito, cómo lo sabía, le dijo:

—Tú vienes como participante de esta sabiduría, pero aún no de toda.

—¿Me enseñarás, pues, toda la sabiduría? —preguntó.

—Sin el menor reparo —respondió—, pues eso es más sabio que tener envidia y ocultar lo que es digno de estudio; más aún, Apolonio, veo que estás bien dotado de memoria, que es de las divinidades la que más amamos.

—¿Es que te has dado cuenta de cuál es mi condición?

—Nosotros, Apolonio —contestó—, vemos todos los aspectos del alma, rastreándolos por millares de rasgos. Pero, dado que el mediodía está cerca y es preciso disponer las ofrendas para los dioses, ocupémonos en eso ahora y luego dialoguemos cuanto quieras. Así pues, asiste a todo lo que hagamos.

—Por Zeus —dijo—, injuriaría al Cáucaso y al Indo, tras atravesar los cuales llego hasta vosotros, si no me saciara con todo lo que realicéis.

—Sáciate —contestó— y vayamos.

Llegados, pues, junto a un venero de agua que Dami-¹⁷ mis, que lo vio luego, afirma que se parece a la Dirce¹⁵⁹ en Beocia, en primer lugar se desnudaron, y luego se ungiéron las cabezas con un producto ambarino. Éste acaloró tanto a los indios, que les humeaba el cuerpo y el sudor fluía profusamente, como si se hubieran lavado con fuego. Luego se lanzaron al agua y, una vez que se lavaron así, se encaminaron al santuario, coronados y colmados del sacro canto.

Colocados en círculo y dejando a Yarcas de corifeo, con los bastones en alto golpearon la tierra y ésta, hinchándose como una ola, los envió por el aire a dos codos de altura. Entonaban un canto como el peán de Sófocles que entonan en Atenas en honor de Asclepio¹⁶⁰. Cuando descendieron a tierra, Yarcas, llamando al jovenzuelo que llevaba el ancla, le dijo:

—Encárgate de los compañeros de Apolonio.

¹⁵⁹ Fuente próxima a Tebas.

¹⁶⁰ La cita de Filóstrato del *Peán* de Sófocles parece indicar que por esta época aún se cantaba el peán que compuso el dramaturgo en honor del dios Asclepio y del que sólo nos quedan restos en inscripciones de época imperial; cf. D. L. PAGE, *Poetae Melici Graeci*, Oxford, 1962, págs. 380 sigs.

Y él, poniéndose en camino mucho más aprisa que los más veloces de los pájaros, dijo a su regreso:

—Ya me he encargado.

Así pues, tras haber cumplido la mayoría de los ritos, descansaron en sus asientos. Y Yarcas le dijo al jovenzuelo:

—Sácale al sabio Apolonio el trono de Fraotes, para que, sobre él, converse con nosotros.

18 Cuando se hubieron sentado, le dijo:

—Pregunta lo que quieras, pues has llegado junto a hombres que todo lo saben.

Preguntó, pues, Apolonio si se conocían a sí mismos, creyendo que él, como los griegos, consideraba difícil el conocerse a sí mismo¹⁶¹. Pero él, dando un enfoque contrario a lo que esperaba Apolonio, dijo:

—Nosotros lo sabemos todo porque primero nos conocemos a nosotros mismos, pues ninguno de nosotros podría acceder a esta filosofía sin conocerse primero a sí mismo.

Apolonio, acordándose de lo que le oyó decir a Fraotes y de cómo el que iba a filosofar emprendía ese camino tras haber sido examinado, estuvo de acuerdo con el razonamiento, pues se hallaba convencido de ello respecto a sí mismo. Así pues, preguntó de nuevo quiénes creían ser. Y el otro respondió:

—Dioses —y al preguntarle por qué, contestó—. Porque somos hombres de bien.

A Apolonio le pareció que esto estaba lleno de tanta verdad, que le dijo lo mismo posteriormente a Domiciano en el discurso en su propia defensa¹⁶².

19 Así pues, reiniciando el cuestionario, dijo:

¹⁶¹ La máxima «conócete a ti mismo» (*gnôthi sautón*) se atribuía a Quilón de Esparta, uno de los Siete Sabios, del siglo VI a. C., y se hallaba a la entrada del templo de Apolo en Delfos, como resumen del ideal de *sōphrosynē* helénico.

¹⁶² Cf. VIII 5.

—Y acerca del alma, ¿cómo pensáis?

—Como Pitágoras os lo comunicó, y nosotros a los egipcios.

—¿Dirías entonces —dijo— que, así como Pitágoras declaró que era Euforbo, también tú, antes de advenir a tu cuerpo, fuiste uno de los troyanos, o de los aqueos, u otro cualquiera?

Y el indio contestó:

—Troya fue destruida por los navegantes aqueos año, pero a vosotros os destruyeron las historias acerca de ella. Pues, considerando hombres sólo a los que combatieron contra Troya, desatendéis a unos hombres mucho más numerosos y divinos que produjeron tanto vuestra tierra como la de los egipcios o la de los indios. Dado, pues, que me preguntaste por mi cuerpo anterior, dime a quién consideras el más portentoso de los que fueron contra Troya o en defensa de Troya.

—Yo —contestó—, a Aquiles, hijo de Peleo y Tetis. Pues se le ensalza por Homero como que era muy hermoso y grande sobre todos los aqueos, y canta grandes hazañas de él. También tiene una elevada opinión de los Ayantes y Nireos, de quienes se canta que eran hermosos y nobles después de aquél.

—Con ese, Apolonio, compara a mi antepasado o, más bien, mi cuerpo ancestral, pues así consideraba Pitágoras a Euforbo.

*Historia
del rey Ganges*

—Hubo, en efecto, un tiempo —prosiguió— en que los etíopes, una raza india, habitaban aquí. Etiopía aún no existía, sino que Egipto extendía sus límites más allá de Méroe y las Cataratas, abarcando un mismo país incluso las fuentes del Nilo para acabar en las desembocaduras. Por aquel tiempo, pues, habitaban aquí los etíopes, sometidos al rey Ganges. La tierra los sustentaba de modo suficiente y los dioses velaban por ellos. Pero desde que mata-

ron a este rey, ni les parecieron puros a los demás indios ni la tierra les permitía sustentarse sobre ella; la semilla que en ella ponían la arruinaba antes de que llegara a germen; la concepción de las mujeres, la malograba y a los rebaños los apacentaba mal. Donde establecían una ciudad, cedía la tierra y se hundía bajo sus pies¹⁶³. Además, el fantasma de Ganges los empujaba a su paso, aterrando a la gente, y no los dejó hasta que por fin sacrificaron a la tierra a los asesinos y a los que habían derramado la sangre con sus manos.

Era, al parecer, ese Ganges de diez codos de alto¹⁶⁴; en cuanto a belleza, como ninguno de los hombres nunca. Hijo del río Ganges, desvió él mismo a su padre, cuando inundó la India, hacia el Mar Rojo, y lo reconcilió con la tierra, por lo que la tierra durante su vida produjo en abundancia y al morir lo vengó. Dado que Homero lleva a Aquiles a Troya por causa de Helena y afirma que tomó doce ciudades por mar y once a pie, así como que se vio arrebatado por la cólera a causa de una mujer robada por el rey¹⁶⁵ (en lo que me pareció inflexible e inhumano), examinemos al indio en comparación con eso. Llegó a ser, por su parte, fundador de sesenta ciudades (y el saquear ciudades no existe quien piense que es más glorioso que edificar una ciudad). A los escitas de más allá del Cáucaso, que en tiempos hicieron una expedición contra esta tierra, los recha-

¹⁶³ Corresponde esta descripción a la idea primitiva de que un crimen contamina la región. Como paralelo, piénsese, por ejemplo, en la temática del *Edipo Rey* de Sófocles. Tebas se hallaba contaminada por el asesinato de Layo y se necesitaba que el culpable fuera castigado para restablecer el equilibrio natural.

¹⁶⁴ Ya hemos visto repetidas veces la atribución de una estatura sobrehumana a los héroes o semidioses; cf. nota 97.

¹⁶⁵ Se refiere a la esclava Briseida, arrebatada a Aquiles por Agamenón, lo que provocó la cólera de este héroe, que constituye el tema central de la *Ilíada*.

zó, y el aparecer como un hombre valeroso al liberar su propia tierra es mucho mejor que llevar la esclavitud a una ciudad, y ello por una mujer que es verosímil que ni siquiera fue raptada a su pesar. Concertada una alianza con el gobernante de la región que ahora gobierna Fraotes, y aunque aquél se le llevó a su mujer de la forma más ilegal y desenfrenada, no rompió los juramentos, declarando que había jurado con tanta garantía, que no lo dañaría ni cuando había sido objeto de una injuria.

Más cosas podría contar aún de ese hombre, si no tuviera escrúpulo en hacer un panegírico sobre mí mismo, pues yo soy aquél. Y eso lo demostré a los cuatro años, pues habiendo clavado este Ganges en tierra siete espadas adamantinas ¹⁶⁶ para que no se aproximara ningún peligro a la región, y habiendo ordenado los dioses que hicieran un sacrificio, tras llegar a donde las había clavado, pero sin indicar el lugar en que las había clavado, yo, que aún era ciertamente un niño, llevé a los profetas a un foso y les ordené cavar, diciendo que se encontraban allí.

No te extrañe mi caso, si de indio **21**

Reencarnaciones: me transformé en indio, pues ese —señalando a un jovencito de unos veinte años— tiene una aptitud natural para la filosofía por encima de todos los hombres y es robusto, como ves, y bien dotado en lo que se refiere al cuerpo; resiste el fuego y cualquier corte. Aun siendo tal, odia la filosofía.

—¿Qué le pasa entonces al jovencito, Yarcas? —dijo—. Pues me dices algo terrible si, tan bien adaptado por

¹⁶⁶ Esto es, de un metal mítico, el adamantino, pretendidamente muy duro e identificado posteriormente con el acero, del que estaba hecha, por ejemplo, la hoz con la que Crono castró a Urano.

la naturaleza, no abraza la filosofía ni ama el aprender, y eso que convive con vosotros.

—No convive —contestó—, sino que, como los leones, fue capturado a pesar suyo. Está confinado aquí y nos mira torvamente cuando intentamos domesticarlo y acariciarlo. Es que este jovencito fue Palamedes, el de Troya, y ha tenido como sus peores enemigos a Ulises y Homero. Al uno, por tramar contra él tretas por las que fue lapidado; al otro, por no considerarlo digno ni de un verso. Y puesto que la sabiduría que tenía no le valió de nada, ni encontró un elogiador en Homero, por el que muchos y de los no demasiado importantes alcanzaron renombre, y dado además que fue víctima de Ulises sin haber cometido ninguna injusticia, está a mal con la filosofía y lamenta lo que le pasó. Y realmente es Palamedes éste, que escribe sin haber aprendido las letras ¹⁶⁷.

23 Mientras sostenían este diálogo, un mensajero que se acercó a Yarcas le dijo:

—El rey llegará a primera hora de la tarde para entrevistarse con vosotros acerca de sus asuntos.

Y éste contestó:

—Que venga, y así será mejor a su vuelta, tras haber conocido a un varón griego.

¹⁶⁷ Se atribuían a Palamedes múltiples invenciones, entre ellas algunas letras del alfabeto, según algunas fuentes, o todo él, según otras. Aun cuando su papel es muy importante en los poemas del Ciclo Épico, Homero no lo menciona. Las fuentes varían en los detalles de la leyenda, pero en todo caso hay una línea central invariable: Palamedes puso en evidencia a Ulises y se granjeó así su odio. Ulises logró vengarse de él haciendo que lo mataran por una falsa acusación. Es un personaje atractivo para Filóstrato, que se ocupa también de él en *Heroico* 181.3, reivindicando su figura con los mismos argumentos con los que lo hiciera antes GORGAS en su *Apología de Palamedes* (cf. Fr. 11 DIELS-KRANZ). Cf. asimismo el análisis de MANTERO, *Ricerche...*, 120 sigs.

Dicho esto, tomó de nuevo el hilo de su primer tema. Así pues, le preguntó a Apolonio:

—¿Qué podrías hablarnos tú de tu primer cuerpo y quién de los de antes eras?

Y él contestó:

—Como aquello era poco glorioso para mí, me acuerdo de poca cosa.

Y respondiéndole dijo Yarcas:

—¿Es que te parece poco glorioso el haber llegado a ser timonel de una nave egipcia? Pues veo que eso es lo que fuiste.

—Verdad es lo que dices, Yarcas —contestó—, pues eso fui sencillamente, y lo considero no sólo poco glorioso, sino incluso detestable. Digno como es de la misma estimación entre los hombres que gobernar y mandar un ejército, está mal reputado por los que se relacionan con la mar. En todo caso, lo más noble de lo que hice nadie lo consideró entonces digno siquiera de elogio.

—¿Qué noble hazaña vas a decir que llevaste a cabo? ¿El haber doblado Malea y el Sunion¹⁶⁸ refrenando a una nave que se salía de ruta, o haber distinguido claramente por dónde iba a venir el viento de proa o de popa, o haber hecho doblar tu barco por los pasos de Eubea¹⁶⁹, donde se hundieron muchos espolones?

Apolonio repuso:

—Puesto que me llevas al tema del pilotaje, escucha lo más sano que me parece que hice entonces. Dominaban el mar por aquel tiempo piratas fenicios y re-

24

¹⁶⁸ Malea es el promontorio del extremo meridional de Lacia que formaba, con la isla Citera, un paso muy peligroso. Sunion es el cabo del sur del Atica que por su altura (380 m.) servía a los barcos atenienses como guía en su aproximación al continente.

¹⁶⁹ El estrecho de Euripo, entre la isla de Eubea y Beocia, difícil de cruzar por sus corrientes alternativas.

corrían las ciudades para enterarse de qué se transportaba y quién. Así que, al ver el valioso cargamento de la nave, los agentes de los piratas me preguntaron, llamándome aparte, cuál era mi parte del flete. Yo dije que eran mil dracmas, pues había cuatro timoneles en la nave. «¿Tienes casa?», dijeron. «Una mala choza», contesté, «por la isla de Faro, en la que en tiempos vivía Proteo». «¿Querrías, pues», me preguntaron, «tener tierra en vez de mar, casa en vez de choza y diez veces este flete, así como librarte de diez mil males que hostigan a los timoneles cuando el mar se hincha?» Dije que lo deseaba, pero no me consideraba adecuado para piraterías en el momento en que era más hábil y fui merecedor de coronas por mi destreza. Al insistir ellos y asegurar que me darían una bolsa de diez mil dracmas si llegaba a ser para ellos lo que querían, yo les exhorté a que hablaran ya como si no faltara nada para llegar a ser yo hombre suyo por entero. Me dicen que, efectivamente, eran intendentes de unos piratas y que requerían que no les impidiera capturar el barco y que no navegara hacia la ciudad cuando levantara anclas de allí, sino que anclara al pie del promontorio, pues las naves piratas estaban en el contorno. Asimismo ellos se hallaban dispuestos a jurarme que no sólo no me matarían, sino que incluso librarían de la muerte a quienes yo les pidiese. Yo pensé que no era seguro para mí reprenderles por temor de que, desesperados, abordaran la nave en alta mar y pereciéramos en alguna parte del mar. Así que prometí ayudarlos en lo que quisieran y dije que ellos debían jurar que serían leales en esto. Por consiguiente, tras haber prestado juramento (pues hablábamos en un templo), dije: «Retiraos a los barcos de los piratas, pues nosotros zarparemos de noche», y les parecía aún más digno de crédito al hablarles sobre el dinero, cómo me sería pagado en moneda de curso legal y no antes

de la captura del barco. Ellos se retiraron, y yo me hice a la mar tras doblar el promontorio.

—¿Y eso —dijo Yarcas— piensas que fueron acciones de justicia, Apolonio?

—Y además de amor a la humanidad, por lo menos —respondió—. Pues no entregar vidas de hombres ni vender lo de los mercaderes y estar por encima de las riquezas siendo un marinero, creo que reúne múltiples virtudes.

Echándose entonces a reír, dijo el 25

*Discusión
sobre la
justicia*

indio:

—Parece que consideras como justicia el no cometer injusticia, lo mismo, creo, que todos los griegos. Pues como les oí decir yo a unos egipcios que llegaron aquí una vez, os frecuentan gobernadores de Roma que levantan su hacha desnuda sobre vosotros, sin saber aún si van a gobernar sobre miserables, pero vosotros, si esos no venden las sentencias, afirmáis que son justos. He oído decir que eso mismo hacen los traficantes de esclavos allí, pues si llegan trayéndoos esclavos carios y tratan de ponderaros su modo de ser, estiman como elogio de los esclavos el que no roben. De los gobernantes a los que afirmáis estar sometidos, tal es la estimación que hacéis, así que, hermosteándolos precisamente con los mismos elogios que a los esclavos, los despedís dignos de envidia, según creéis. Vuestros más sabios poetas, ni siquiera si queréis ser justos y nobles os permiten llegar a serlo, pues a Minos¹⁷⁰, que en crueldad

¹⁷⁰ Una figura compleja, tomada por algunos autores antiguos como personaje histórico, por ejemplo HERÓDOTO, I 171, TUCÍDIDES, I 4, opinión que modernamente se matiza, pensándose que el nombre de Minos encubre sin duda una antigua talasocracia cretense con realidad histórica, y que sirvió a Evans para bautizar los períodos de la civilización cretense como «minoicos». En su leyenda se mezclan elementos positivos y negativos. Al

los aventajó a todos y que esclavizó con sus naves a los de junto al mar y a los del mar, lo asientan en el Hades, honrándolo con cetro de justicia, para arbitrar sobre las almas; y en cambio a Tántalo, porque fue noble e intentó compartir con sus amigos la inmortalidad de que gozaba merced a los dioses, lo privan de bebida y comida, y hay quienes incluso suspendiendo piedras por encima de él lo injurian terriblemente, a un hombre divino y bueno¹⁷¹. Yo habría preferido que lo hubieran sumergido en un estanque de néctar, porque humanitariamente y sin envidia ofreció esta bebida.

Y al tiempo que decía esto, señalaba una estatua a su izquierda en la que estaba escrito *Tántalo*. La estatua era de cuatro codos y representaba a un hombre de cincuenta años; se vestía al modo argólico, pero se diferenciaba en el manto, como los tesalios. Tendía una copa suficiente para una persona sedienta en la que bullían unas gotas de una bebida pura, que no rebosaba de la copa. Qué piensan de eso y para qué beben de

parecer, de acuerdo con las creencias religiosas primitivas griegas, según las cuales en la vida ultraterrena se continuaban las funciones que se realizaban en la tierra, continuó en los infiernos juzgando a su pueblo, hasta que Platón lo convierte en juez infernal, conversión que no es, como se ha dicho, necesariamente órfica; cf. M. P. NILSSON, *Historia de la religión griega*, trad. esp., Buenos Aires, 1961, pág. 273.

¹⁷¹ Se trata de las dos versiones más extendidas sobre el suplicio de Tántalo: una, la de la *Odisea* XI 582-592, según la cual se halla en el Hades sumergido hasta la barbilla en un estanque sobre el que penden árboles frutales, pero cuando intenta beber, la tierra embebe el agua, y cuando intenta comer, el viento lanza las frutas hacia las nubes. La otra aparece por primera vez en el poema cíclico *Los Regresos* (cf. el Fr. 10 en mis *Fragmentos...*). Seguida, entre otros, por ARQUÍLOCO, Fr. 162 ADRADOS; PÍNDARO, *Olímpicas* I 57 sigs.; ALCEO, Z 42 LOBEL-PAGE, y ALCMÁN, 79 PAGE, y en ella se nos presenta a Tántalo constantemente amenazado por una grán roca suspendida sobre su cabeza.

ella, lo aclararé luego ¹⁷². En todo caso, es necesario pensar que Tántalo no fue por no contener su lengua, sino por haber compartido el néctar con los hombres, por lo que es acometido por los poetas, pero que no cayó en desgracia ante los dioses, pues si hubiese sido aborrecible para los dioses, no habría sido jamás considerado bueno por los indios, siendo como son los más religiosos y no haciendo nada que quede fuera de lo divino ¹⁷³.

*El banquete
con el rey*

Entretenidos en esta conversación, 26
les llegó un alboroto desde la aldea.
Al parecer, llegaba el rey, pertrechado
a la persa como el que más y lleno de
fausto. Así que disgustado dijo Yarcas:

—Si fuera Fraotes el que se detenía aquí, lo habrías visto todo lleno de silencio como en un misterio.

Por ello comprendió entonces que aquel rey no estaba por debajo de Fraotes en una pequeña parte, sino en toda la filosofía. Pero al ver a los sabios despreocupados y sin preparar nada de lo que es menester para un rey que llega a mediodía, dijo:

—¿Dónde va a alojarse el rey?

—Aquí —contestaron—, pues hablaremos de noche de los asuntos por los que viene, dado que es la mejor ocasión para consejos.

—¿Y habrá tendida una mesa para cuando llegue? —preguntó.

—Sí, por Zeus —contestó—, copiosa y con todo cuanto hay aquí.

—¿Entonces —dijo— coméis copiosamente?

¹⁷² Cf. III 32.

¹⁷³ Sigue aquí Filóstrato una tendencia a convertir en piadosa la leyenda de Tántalo, tendencia iniciada por PÍNDARO en su *Olímpica Primera*, en la que el poeta beocio niega la leyenda tradicional, según la cual Tántalo invitó a comer a los dioses, ofreciéndoles como manjar el cuerpo, despedazado, de su hijo Pélope.

—Nosotros, frugalmente —respondieron—, pues, aunque nos es posible más, disfrutamos con comer poco. Pero al rey le son precisas muchas cosas, pues es su deseo. No obstante, no comerá nada que haya estado animado, pues no es lícito aquí, sino frutos secos y raíces, cuantos produce la India en la estación y cuantos darán las estaciones el año que viene.

27 —Pero mira —dijo— ese es.

En efecto se acercaba el rey en compañía de su hermano y de su hijo, refulgente por el oro y la pedería.

Al hacer Apolonio intención de levantarse, lo retuvo Yarcas en el trono, pues eso no era costumbre entre ellos.

A estas cosas Damis afirma que no asistió personalmente, por haber pasado aquel día en la aldea, pero que por habérselas oído contar a Apolonio las escribió en su narración. Dice asimismo que el rey extendió la mano hacia ellos, que permanecían sentados, como si les hiciera una súplica a los sabios; que ellos asintieron, como si concedieran lo que pedía, y que él se alegró sobremanera por la promesa, como quien llega a presencia de un dios. Que, en cambio, al hermano del rey y a su hijo, que era un jovencito muy hermoso, no les prestaron más atención que si fueran esclavos de estos acompañantes suyos.

Después de eso, dice que el indio se levantó y tomó la palabra para invitar al rey a participar del banquete. Una vez que éste aceptó, y de muy buen grado, salieron por sí solos cuatro trípodes píticos, como los que andan solos en Homero¹⁷⁴, y sobre ellos, unos escan-

¹⁷⁴ Los «trípodes píticos» hemos de entender que son como los que se ofrendaban en Delfos, por semejanza con el trípode oracular. En cuanto a la referencia a Homero lo es a *Ilíada* XVIII 368 sigs., donde se mencionan unos trípodes mágicos fabricados por Hefesto para los banquetes de los dioses.

ciadores de bronce negro, como los Ganimedes y los Pélopes ¹⁷⁵ entre los griegos. La tierra tendió bajo ellos hierba más blanda que los cojines. Frutos secos, panes, legumbres y comestibles de la estación, llegaron todos servidos en orden de modo más agradable que si los hubieran preparado cocineros. De los trípodes, dos escanciaban vino, y de los otros dos, el uno surtía un chorro de agua caliente; el otro, de fría.

Las piedras preciosas que llegan a los griegos desde la India se emplean para collares y anillos por su pequeño tamaño, pero entre los indios llegan a ser escanciadores y garrafas por su tamaño, así como crateras capaces para saciar a cuatro sedientos en la estación de verano.

Dicen que los escanciadores de bronce sacaban vino y agua en las debidas proporciones y que hacían circular las copas como en las rondas; asimismo, que los comensales estaban tendidos como en un banquete, sin que el rey fuese tratado con deferencia especial —cosa que evidentemente habría tenido gran importancia entre griegos y romano—, sino que cada uno se situó donde le vino a mano.

Cuando comenzó la ronda de la bebida, Yarcas dijo: **28**

—Te propongo, rey, un brindis por un varón griego, señalando a Apolonio, que estaba reclinado por debajo de él, y denotando con un gesto de su mano que era noble y divino.

Y el rey contestó:

—He oído decir que tienen algo que ver con Fraotes éste y los que se han detenido en la aldea.

—Cierto y verdadero es lo que has oído —dijo—, pues incluso aquí es aquél quien lo hospeda.

—¿A qué se dedica? —preguntó.

¹⁷⁵ Famosos coperos de los dioses, ambos originariamente mortales.

—¿A qué otra cosa —respondió— que a lo de aquél?

—No es cosa halagadora para tu huésped —repuso— la actividad que has dicho, que ni siquiera le permitió a aquél llegar a ser noble.

Así que Yarcas replicó:

—Ten, rey, una opinión más sensata de la filosofía y de Fraotes, pues durante el tiempo en que eras un jovencito tu juventud te disculpaba de ese tipo de cosas, pero cuando ya te has hecho adulto, debemos ahorrarnos las insensateces y liviandades.

Por su parte Apolonio, sirviéndose de Yarcas como intérprete, dijo:

—¿Y a ti, rey, qué te ha dado el no filosofar?

—A mí, toda la virtud, y ser lo mismo que el Sol. Y el otro, para refrenarle sus humos, le dijo:

—Si filosofaras, no pensarías de esa manera.

—Y tú, amigo mío —prosiguió—, ya que filosofas, ¿qué te propones respecto a ti mismo?

—El ser tenido por un hombre de bien —contestó— si fuera filósofo.

Así que el rey, tendiendo su mano hacia el cielo, exclamó:

—¡Por el Sol, lleno de Fraotes vienes!

Y el otro tomó sus palabras como un hallazgo, y en respuesta le dijo:

—No en vano hice este viaje, si he llegado a estar lleno de Fraotes. Y si te encontraras con él ahora, dirás sin duda que él está lleno de mí. Él deseaba escribirte en mi favor, pero, como afirmaba que tú eres un hombre de bien, le excusé de la molestia de la carta, habida cuenta de que nadie le escribió a él en mi favor.

29 La primera inconveniencia del rey no pasó de ahí, pues al oír que había sido elogiado por Fraotes olvidó su suspicacia y, empleando un tono más moderado, dijo:

—Saludos, buen extranjero.

Y Apolonio repuso:

—A ti también, rey, pues parece que acabas de llegar ahora.

—¿Qué te trajo junto a nosotros? —preguntó.

—Estos dioses y sabios varones —contestó.

—Y sobre mí —dijo—, extranjero, ¿qué opinión hay entre los griegos?

—La misma, por lo menos —respondió— que sobre los griegos aquí.

—Pues yo, por mi parte, no considero nada de los griegos digno de mención.

—Se lo haré saber —repuso— y te coronarán en Olimpia.

Así que, inclinándose hacia Yarcas, le dijo:

30

—A ese déjalo que se emborrache, pero dime por qué motivo a esos que vienen con él, que son, según decís, su hermano y su hijo, no los juzgáis dignos de compartir la mesa ni de ninguna otra distinción.

—Porque piensan que van a ser reyes alguna vez —contestó— y es preciso que aprendan a ser desdeñados para no desdeñar.

Y al ver que los sabios eran dieciocho, le preguntó de nuevo a Yarcas qué sentido tenía para ellos que fueran esos precisamente:

—Pues ni es un número de los cuadrados perfectos, ni de los estimados y honrados, como el diez, el doce, el dieciséis y otros por el estilo¹⁷⁶.

Así pues, en respuesta, dijo el indio:

¹⁷⁶ Alude Apolonio a los números estimados entre los pitagóricos, especialmente la década, formada por un triángulo equilátero de diez puntos (un vértice, un punto, debajo del cual hay dos, debajo de éste, tres, y por último, debajo, cuatro). Los pitagóricos juraban por la década en los juramentos más solemnes. Cf. KIRK-RAVEN, *Los Filósofos...*, págs. 323-4.

—Ni nosotros somos esclavos del número ni el número de nosotros, sino que por sabiduría y virtud somos estimados, y unas veces somos más de los que somos ahora y otras veces menos. Mi abuelo, he oído decir que fue alistado entre setenta varones sabios, de los que era el más joven, pero que al llegar a los ciento treinta años se quedó solo aquí, por no quedar ya ninguno de aquéllos ni haber entonces en ningún lugar de la India una naturaleza filosófica o noble. Así que una vez que los egipcios en una carta lo consideraban entre los más afortunados porque durante cuatro años había ocupado este trono él solo, les pidió que dejaran de avergonzar a los indios por su escasez de sabios. Nosotros, Apolonio, que hemos oído hablar a los egipcios de las tradiciones de los eleos y de los helanódicas, que en número de diez presiden los Juegos Olímpicos, no elogiamos la norma establecida respecto a estos hombres, ya que encomiendan la elección a la suerte, que carece de previsión, pues incluso alguno de los más ineptos podría ser elegido por suerte. Pero si por lo menos escogieran a los hombres de acuerdo con sus méritos y por votación, ¿no errarían? Sí, de forma muy similar. Pues siendo indispensable el número de diez, o bien, en caso de haber más hombres justos, privarían a algunos de ser honrados de acuerdo con ello, o bien, en caso de no haber diez justos, ninguno lo parecería, por lo que mucho más sensatamente pensarían los eleos si fueran, en cuanto al número, unas veces unos, otras, otros, pero en cuanto a la justicia, idénticos.

31

Mientras trataban de estos asuntos, el rey procuraba interrumpirles, estorbándoles a cada frase y diciendo continuamente algo sin sentido y necio.

El rey
menosprecia a
los atenienses

Así pues, les preguntaba de nuevo de qué estaban tratando, y Apolonio dijo:

—Conversamos acerca de asuntos importantes y muy estimados entre los griegos, pero tú los considerarías de escaso interés, pues afirmas que estás a mal con las cosas de los griegos.

—Estoy a mal, verdaderamente —dijo—. Sin embargo, quiero oírlos, pues me parece que habláis de los atenienses, los esclavos de Jerjes.

—Hablamos de otras cosas —le contestó—, pero, puesto que has aludido a los atenienses de un modo fuera de lugar y falso, dime una cosa: ¿tienes esclavos, rey?

—Veinte mil —contestó— y no he comprado ni uno siquiera de ellos, sino todos son nacidos en mi casa.

Así pues, le preguntó de nuevo, sirviendo Yarcas de intérprete, si él huía de sus esclavos o sus esclavos de él. Y él, en tono ofensivo, le dijo:

—Esa pregunta es propia de un esclavo. Sin embargo, contestaré que el que huye es el esclavo, y principalmente, el malo, pero no huiría un amo al que le es posible darles tormento y zurrarles.

—Por consiguiente, rey —dijo—, ha quedado en evidencia por ti mismo que Jerjes es el esclavo de los atenienses y que, como un mal esclavo, huyó de ellos, porque, vencido por ellos en la batalla naval¹⁷⁷ y en los estrechos, y temeroso por el puente de barcas en el Helesponto, huyó en una sola nave.

—Con todo y con eso —dijo— incendió Atenas con sus propias manos.

—Por esa audacia, rey —respondió Apolonio—, pagó un castigo como nunca otro, pues se fue huyendo de aquellos a quienes creía tener aniquilados. Yo, por otra parte, al examinar el propósito por el que emprendió la campaña, pensaría que con razón se estimaba por algunos que era un Zeus, pero ante su fuga lo tengo

¹⁷⁷ En la de Salamina, en el 480 a. C.

conceptuado como el más desgraciado de los hombres. Pues si hubiera muerto a manos de los griegos, ¿quién habría sido digno de frases más espléndidas? ¿A quién le habrían dedicado los griegos una tumba mayor? ¿Qué certamen armado o certamen musical no se habría instituido en su honor? Pues si los Melicertes, los Palemones y Pélope¹⁷⁸, el advenedizo lidio, los unos muertos aún de pecho, y el otro después de haber esclavizado Arcadia, la Argólide y el lado de acá del Istmo, fueron ensalzados hasta una conmemoración divina por los griegos, ¿qué no habría sucedido con Jerjes por parte de hombres que por naturaleza aman las demostraciones de valor y consideran un elogio elogiar a quienes vencen?

32 Al decir Apolonio tales palabras, el rey no pudo contener el llanto, y dijo:

—¡Querido amigo! ¡Qué clase de hombres me describes en tu versión de los griegos!

—¿De dónde procede, pues, rey, tu animadversión hacia ellos?

—Calumnian la raza griega, extranjero —contestó—, los de Egipto que nos visitan periódicamente, haciéndose los santos y sabios e instauradores de cuantos sacrificios y ritos celebran los griegos, y diciendo que aquéllos no son nada sano, sino unos insolentes, una chusma, pura anarquía, noveleros y milagreros, así como unos pobretes que hacen gala de ello no como cosa respetable, sino como excusa para robar. Pero al oírte decir estas palabras y cuán pundonorosos y nobles son,

¹⁷⁸ Melicertes es un hijo de Atamante que se arrojó al mar con su madre, Ino, cuando su padre enloqueció. Según otra versión, Ino lo arrojó a una caldera de agua hirviendo, cf. APOLONIO, III 4, 3, quien lo identifica con Palemón, una divinidad que socorría en las tormentas. En cuanto a Pélope, es un hijo de Tántalo, servido en el banquete divino, al que he hecho referencia en la nota 173, pero vuelto luego a la vida por Zeus.

me reconcilio con los griegos de aquí en adelante, y me comprometo a que reciban mis elogios y a suplicar por los griegos en lo que pueda, así como a que los egipcios no gocen ya de mi crédito.

Yarcas añadió:

—También yo, rey, tenía la idea de que tus oídos habían sido pervertidos por estos egipcios, pero no te decía nada en favor de los griegos hasta que te encontraras con un consejero como éste. Pero, puesto que te has hecho mejor merced a un hombre sabio, que sea propuesto ahora por nosotros un brindis por Tántalo, y consultemos con la almohada los serios asuntos que deben tratarse por la noche, que de los temas griegos, que son los más abundantes de los humanos, te llenaré a tu placer más adelante, cuando vuelvas.

Y a la vez dio ejemplo a los comensales, inclinándose el primero hacia la copa¹⁷⁹. Ésta daba de beber a todos de manera suficiente, pues el chorro brotaba generosamente como en los veneros que manan del suelo. Bebió también Apolonio, pues ésta se considera entre los indios la copa de la amistad. Y hacen a Tántalo su escanciador, porque se considera el más amigable de los hombres.

Una vez que hubieron bebido, los ³³
acogió la tierra en los lechos que ella
misma había tendido bajo sus cuerpos.

*Despedida
del rey*

Cuando llegó medianoche, nada más levantarse, entonaron, levitando, un himno al Sol, como a mediodía. Luego asistieron al rey en cuanto necesitaba. En todo caso, Damis dice que Apolonio no estuvo presente en lo que el rey trató y que pensaba que la reunión tenía que ver con secretos de estado.

¹⁷⁹ Se trata de la Copa de Tántalo descrita en III 25.

Así pues, el rey, tras haber celebrado el sacrificio, con el día se acercó a Apolonio y lo invitó a alojarse en su palacio, asegurando que lo haría volver junto a los griegos digno de envidia. Él se lo agradecía, pero afirmaba que no iba a consagrarse a un hombre en absoluto igual a él y además que, como su viaje duraba ya más tiempo del razonable, sentía escrúpulos de que sus amigos de su patria pensarán que los hacía de menos.

Como el rey seguía diciendo que se lo suplicaba e insistía ya de forma innoble, le dijo:

—Un rey que emplea un tono más vil del que le corresponde para una súplica que hace, algo trama.

Terciando entonces Yarcas, dijo:

—Injurias, rey, esta sacra morada, al intentar llevarte de aquí a un hombre contra su voluntad. Además, éste, por ser uno de los que tiene capacidad de prever el futuro, sabe que su relación contigo no será para bien de él, y seguramente tampoco va a implicar ningún provecho para ti.

34 El rey bajó entonces a la aldea, pues la norma de los sabios no autoriza al rey a permanecer con ellos más de un día.

Yarcas le dijo al mensajero:

—También a Damis lo consideramos digno de los misterios de aquí. Que venga, pues, y encárgate de los demás de la aldea.

Quando llegó, sentados juntos, como acostumbraban, le permitieron a Apolonio que les preguntara, y él les preguntó de qué pensaban que estaba compuesto el mundo.

—De elementos.

—¿Cuatro acaso? —preguntó.

—Cuatro, no —respondió Yarcas—, sino cinco.

*Origen y
configuración
del mundo*

—¿Y cuál sería el quinto, además del agua, el aire, la tierra y el fuego? —añadió.

—El éter —dijo—, al que debemos considerar como el origen de los dioses, pues lo que inhala aire es todo mortal, pero lo que inhala éter, inmortal y divino.

De nuevo preguntó cuál llegó a ser el primero de los elementos, y Yarcas contestó:

—Todos a la vez, pues lo vivo no recibe el ser por partes.

—¿Debo considerar al mundo como algo vivo? —preguntó.

—Sí, al menos en caso de que tengas un conocimiento sano, pues él mismo engendra todas las criaturas vivas.

—¿Debemos llamarlo femenino o formado de lo masculino y la naturaleza opuesta?

—De ambos —contestó—, pues él mismo, unido a sí mismo, desempeña el papel de la madre y del padre respecto a la procreación, y tiene un amor por sí mismo más apasionado que cualquier otra cosa por otra, y eso lo armoniza y consolida. Y no es nada inverosímil que se una a sí mismo. Así como la tarea de las manos y los pies la tiene fijada el movimiento del animal y también la mente que hay en él, por la que se pone en movimiento, así debemos pensar que también las partes del mundo por medio de su mente se ofrecen a sí mismas como acomodadas para todas las cosas nacidas y concebidas. Pues los sufrimientos que nos visitan por las sequías nos visitan de acuerdo con la mente de aquél, cuando la justicia, desterrada, se encuentra deshonrada por los hombres. Y no se apacienta por una sola mano este animal, sino por muchas y misteriosas de las que usa, y, sin freno por su magnitud, se mueve dócil a la rienda y llevadero.

—No sé qué ejemplo será adecuado para un asunto **35** que es muy vasto y por encima de nuestra compren-

sión, pero supóngase una nave como la que, una vez construida, fletan los egipcios en dirección a nuestro mar, para cambiar cosas egipcias por mercancías indias. Debido, pues, a la existencia de un antiguo precepto referente al Mar Rojo, que dictó el rey Eritras¹⁸⁰ cuando gobernaba sobre aquel mar, a saber, que los egipcios no accedieran a él en una nave larga de guerra, sino que utilizaran una sola nave mercante, los egipcios emplean astutamente un barco que vale por muchos de los otros, y estableciendo su armazón con todas las juntas que dan consistencia a una nave, elevándola con bordos y un mástil, y adosándole varios compartimentos como los que hay sobre la tablazón, navegan en esta nave muchos timoneles a las órdenes del más anciano y más hábil, muchos oficiales en la proa y excelentes y diestros marinos trepados a las velas. Hay también una cierta dotación de hombres de armas de esta nave, pues, contra los bárbaros del golfo, que aparecen a la derecha según se entra, es preciso equiparar la nave, para cuando intentan piratearla al abordaje. Pensemos que también es así respecto a este mundo, examinándolo según el modelo de la construcción naval. El primer puesto y el más cabal debe concedérsele a un dios, progenitor de esta criatura; los que le siguen, a dioses que lo pilotan por partes. Debemos aceptar al menos eso de los poetas, cuando afirman que hay muchos dioses en el cielo, muchos en el mar, muchos en las fuentes y manantiales, muchos en la tierra y que también hay algunos bajo tierra. Ahora bien, la región subterránea, si es que la hay, dado que la cantan como horrible y destructora, debemos separarla del mundo.

¹⁸⁰ Eritras es un rey mítico, epónimo del Mar Rojo (en griego, *erythrós*), cf. III 50.

Mientras que el indio desarrollaba su discurso, Damis ³⁶ afirma que se sintió arrobado de admiración y que profería grandes voces, pues nunca pensó que un indio llegara a tal dominio de la lengua griega, ni que, incluso si conocía la lengua, disertara con tal facilidad y oportunidad. Alaba también su mirada y sonrisa y el dar la impresión de que no expresaba sus opiniones sin inspiración divina. Dice que Apolonio, que ya hacía uso de la palabra con elegancia y sin estridencias, mejoró sin embargo en compañía de aquel indio, y que cuando discutía sentado, y lo hacía a menudo, se parecía a Yarcas.

Y una vez que los demás elogiaron lo dicho, además ³⁷ de la manera de decirlo, Apolonio preguntó de nuevo qué consideraban más grande, el mar o la tierra ¹⁸¹. Y Yarcas dijo:

—Si la tierra fuera comparada con el, será mayor, pues ella misma contiene al mar, pero si se considerara respecto a todo el líquido elemento, podríamos verificar que la tierra es menor, pues el agua la sostiene.

En el curso de esta conversación se ³⁸
El poseso les presenta a los sabios el mensajero,
y otros que traía a unos indios que requerían
milagros ayuda. Traían también a una mujeruca
 que venía a suplicar por su hijo. Afir-
 maba que éste tenía diecisiete años, que llevaba endemoniado dos años y que el carácter del demon era pícaro y mentiroso. A preguntas de uno de los sabios de por qué decía tales cosas, dijo:

¹⁸¹ La pregunta es un tópico de los encuentros entre griegos y sabios indios, cf. A. J. FESTUGIERE, «Trois rencontres entre la Grece et l'Inde», *Rev. de l'Hist. des Rel.* 125 (1943), 32-45, que compara todo este pasaje III 18-37 con el libro indio *Milindapanha* y con PSEUDO-CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* III 6. Asimismo cf. la extensa nota 127 de C. GARCÍA GUAL en su traducción de la obra de PSEUDO-CALÍSTENES aludida.

—De este hijo mío, que es extremadamente bello de ver, está enamorado el demon¹⁸² y no lo deja estar en sus cabales, ni le permite ir a casa del maestro o del arquero, ni siquiera estar en casa; sino que lo aparta a lugares desiertos. Ni siquiera tiene el muchacho su propia voz, sino que habla bajo y hueco, como los hombres, y mira con otros ojos más que con los suyos. Yo lloro por ello, me arañó y reprendo a mi hijo cuanto es natural, pero él no me conoce. Y cuando se me ocurrió encaminarme aquí, y eso se me ocurrió el año pasado, el demon se manifestó, usando al niño como su intérprete, y me dijo que efectivamente era el fantasma de un hombre que murió en tiempos en guerra, y murió enamorado de su mujer. Pero como su mujer injurió su lecho, casándose con otro al tercer día de su fallecimiento, aborreció por ello el amor de las mujeres y se deslizó en este hijo mío. Me prometía que si no lo acusaba ante vosotros le daría a mi hijo muchas cosas nobles y buenas. Yo condescendí con él precisamente por eso, pero él me da largas hace ya mucho tiempo y controla mi casa él solo, sin tener ningún propósito moderado ni verdadero.

Le preguntó entonces el sabio si el niño estaba por allí, y ella dijo que no, pues, aunque había puesto mucho de su parte para que viniera:

—Él amenaza abismos y precipicios, y que matará a mi hijo si yo lo hiciera comparecer aquí.

—Ten ánimo —dijo el sabio—, pues no lo matará al leer esto.

¹⁸² GIL, *Therapeia...*, pág. 286, comentando este pasaje pone de relieve la confusión que se produce en la helenidad tardía entre los démones, los seres ctónicos y los espíritus de los muertos y compara este caso con el narrado en IV 20. Cf. asimismo MANTERO, *Ricerche...*, pág. 94, nota 15.

Y sacando del pliegue de su vestido una carta, se la dio a la mujer. Estaba dirigida, al parecer, al fantasma, con amenaza e intimidación.

Llegó asimismo cojeando un hombre de unos treinta años, hábil cazador de leones, pero que, por haberse abalanzado sobre él un león, tenía dislocada la cadera y estaba lisiado de la pierna. No obstante, sus manos le dieron masaje en la cadera, y el joven recobró la derechura en su marcha. Otro, que tenía cegados ambos ojos, se marchó teniendo toda la luz en ellos. Y otro, que estaba paralizado de una mano, se fue en pleno uso de ella. Asimismo, una mujer que había malparido ya en siete embarazos, se curó, por intercesión de su marido, de la forma siguiente: le encargó al hombre que cuando la mujer estuviera de parto, llevara una liebre viva bajo los pliegues de su vestido y que, dando una vuelta a su alrededor, soltara la liebre al mismo tiempo¹⁸³, pues ella soltaría con el feto la matriz si la liebre no era echada fuera enseguida.

En otra ocasión, habiéndoles dicho un padre que había tenido varios hijos, pero que habían muerto en cuanto empezaron a beber vino, le dijo en respuesta Yarcas:

—Y mejores llegaron a ser al morir, pues no se habrían librado de enloquecer, tras haber nacido de semillas, según parece, demasiado ardientes. Así pues, deben abstenerse del vino los que procedan de vosotros. Y para que no se sientan atraídos ni siquiera al deseo del vino, si te llegara a nacer de nuevo un hijo (y ha nacido uno hace siete días, según veo), es preciso acechar a la lechuza, a ver dónde anida y, tras sacarle los huevos, dárselos a masticar a la criatura adecuadamen-

¹⁸³ Los Brahmanes, como se ve, utilizan también los procedimientos típicos de la magia, que consisten en conseguir un efecto por la reproducción de otro semejante.

te cocidos, pues si come alguno de ellos antes de probar el vino, se le imbuirá el odio por el vino y se comportará del modo más sobrio, sólo unido al ardor que hay en su natural.

Saciados, pues, de estas cosas y atónitos ante aquellos hombres, les dirigían a diario numerosísimas preguntas acerca de su sabiduría para todo, y también ellos eran objeto de numerosas preguntas.

- 41 De las reuniones dialécticas participaban, pues, ambos, pero en los debates secretos en los que reflexionaban sobre la astronomía o la adivinación y se aplicaban a la presciencia y trataban de los sacrificios e invocaciones con las que los dioses se gozan, dice Damis que sólo Apolonio acompañaba en su filosofar a Yarcas, y que compuso a resultas de ello los cuatro libros *Acerca de la adivinación por las estrellas* que también Merágenes mencionó; que asimismo compuso una obra acerca de los sacrificios y cómo uno debería sacrificar a cada dios de la manera más conveniente y grata. Lo que se refiere a las estrellas y toda la tal adivinación lo consideró en verdad un saber por encima de la naturaleza humana y ni siquiera sé si alguien lo ha adquirido, pero lo de los sacrificios lo hallé en muchos templos, en muchas ciudades y en muchas casas de hombres sabios, y cualquiera que lo traduzca¹⁸⁴ lo hallará dignamente compuesto, en verdad y con resonancias de aquel hombre.

Dice Damis que Yarcas le dio siete anillos a Apolonio, con el nombre de los siete astros, y que Apolonio los llevaba sucesivamente de acuerdo con el nombre de los días.

¹⁸⁴ Cf. IV 19, en donde se aclara que la obra estaba en la lengua natal de Apolonio, el capadocio, y de ahí que fuera preciso traducirla. Sobre las obras de Apolonio, cf. la *Introducción* § 3.

Mientras sostenían una vez una conversación sobre la presciencia, interesado Apolonio como estaba por esta sabiduría, y haciendo derivar a este tema la mayoría de las conversaciones, Yarcas le dijo en elogio suyo:

—Los que disfrutan con la adivinación, excelente Apolonio, se hacen divinos por ella y obran en pro de la salvación de los hombres, pues el prever por uno mismo, excelente amigo, aquello que es preciso hallar yendo a consultar a un oráculo y decirles de antemano a los demás lo que todavía no conocen, lo considero propio de alguien completamente feliz y que tiene el mismo poder que Apolo Delfico. Y puesto que el ritual ordena que los que visitan el santuario a por las respuestas del oráculo lo visiten si llegan puros, o, si no, se les dirá «salí del templo», me parece que el hombre que va a practicar la presciencia debe mantenerse sano y no tener adherida ninguna mancha en su alma, ni tener impresas en su carácter cicatrices de pecados. Asimismo, debe profetizar de forma pura, conocedor de sí mismo y del trípode que hay en su pecho, pues con ello dictará vaticinios en tono más sonoro y con mayor veracidad, por lo cual no hay que extrañarse si también tú dominas esta ciencia, teniendo tanto éter en el alma.

Acto seguido, bromeando con Damis, le dijo:

—¿Y tú no tienes para nada el don de la presciencia, asirio, a pesar de convivir con tal hombre?

—Sí, por Zeus, por lo menos en lo que me es preciso. Pues cuando me encontré por primera vez con éste, con Apolonio, me pareció lleno de sabiduría, sagacidad, sobriedad y recta constancia, y cuando vi la capacidad de memoria que había en él, lo muy sabio y poseído por el afán de saber que era, fue para mí algo sobrehumano, y opiné que, unido a él, parecería sabio

en vez de profano e ignorante, y educado en vez de bárbaro, y que siguiéndolo y aplicándome en su compañía llegaría a ver a los indios, os llegaría a ver a vosotros, y llegaría a mezclarme con los griegos, convertido por él en griego. Vuestras premoniciones, que efectivamente conciernen a cosas importantes, las consideráis como Delfos, Dodona¹⁸⁵ y lo que queráis, pero las mías, puesto que Damis, el que las prevé, sólo prevé lo que a él se refiere, pongamos que son las de una vieja mendiga que hace sus profecías acerca del ganado y cosas por el estilo.

- 44 Ante aquellas razones se echaron a reír todos los sabios. Al cesar la risa, Yarcas volvió sobre el tema de la adivinación, y decía que había reportado muchos beneficios a los hombres, pero que el regalo más importante era el de la medicina. Pues nunca los sabios Asclepiadas¹⁸⁶ habrían accedido a esta ciencia si Asclepio, hijo como fue de Apolo, y después de haber mezclado, de acuerdo con las respuestas y oráculos de aquél, los medicamentos adecuados para cada enfermedad, no hubiera transmitido a sus hijos¹⁸⁷ y enseñado a sus compañeros qué hierbas deben aplicarse a las heridas supurantes y cuáles a las heridas desecadas y secas, y las proporciones de los medicamentos bebestibles con los que los hidrópicos echan el agua, la sangre se contiene y cesan las tisis y las cavidades de este tipo.

¹⁸⁵ Dodona era un famoso centro oracular, en el Epiro, patrocinado por Zeus, como Delfos lo era por Apolo.

¹⁸⁶ En Grecia las asociaciones profesionales asumían una estructura gentilicia, en la que sus miembros se consideraban parientes y herederos de un antepasado común, por ejemplo, los Melampódidas, adivinos, descendientes de Melampo, o los Dédalidas, artesanos, descendientes de Dédalo o los Homéridas, aedos, descendientes de Homero. Los Asclepiadas, esto es, los médicos, residían en Cos y pretendían descender de Asclepio.

¹⁸⁷ Los hijos de Asclepio fueron, según los poemas homéricos, dos: Podalirio y Macaón, médicos también ellos.

En cuanto a las curaciones de mordeduras venenosas y el utilizar estos mismos venenos para muchas enfermedades, ¿quién se lo negará a la adivinación? Pues me parece que sin la sabiduría presciente no se habrían nunca atrevido los hombres a mezclar los más mortales bebedizos con los que traen la salud.

Dado que Damis ha dejado también 45
La martícora, escrita la siguiente conversación, que
la pantarbe, versó en esa ocasión sobre los anima-
los grifos, les, fuentes y hombres objeto de mitos
el fénix entre los indios, no debo pasarla por
alto, pues lo ventajoso podría ser no creerlo todo ni ponerlo todo en duda. Así pues, preguntó Apolonio:

—¿Existe aquí algún ejemplar de martícora?¹⁸⁸

Y Yarcas dijo:

—¿Y qué naturaleza has oído decir que tiene ese animal? Pues es natural que te hayan dicho también algo sobre su aspecto.

—Se dicen —contestó— cosas desmesuradas e inverosímiles; que es cuadrúpedo, que en su cabeza se parece al hombre, pero en tamaño se asemeja al león, y que la cola del animal hace crecer pelos de un codo de largo y agudos como espinas, que arroja como dardos contra sus cazadores.

Asimismo, a sus preguntas acerca del agua de oro que dicen mana de una fuente, de la piedrecilla que actúa como la piedra imán, de los hombres que viven bajo tierra, así como de los pigmeos y de los esciápodos¹⁸⁹, Yarcas, respondiéndole, dijo:

¹⁸⁸ La martícora es en realidad el tigre, pero dotado aquí de atributos fabulosos. La palabra es de origen iranio, relacionada con iran. *martiya*- «hombre» y avest. *xvar*- «devorar», cf. nuevo persa *mará-xvar*. Por tanto significaría «devorador de hombres». Sobre este animal habla CTESIAS, *Fr.* 45 (14) JACOBY, del que deriva ARISTÓTELES, *Historia de los Animales* 501a26; PAUSANIAS, IX 21, 4, y otros.

¹⁸⁹ Los esciápodos eran seres fabulosos, poseedores de unos

—Acerca de los animales, plantas o fuentes que tú mismo viste al llegar aquí, ¿qué podría decirte? Es cosa tuya ahora explicarle eso a los demás. Del animal flechador y de las fuentes de agua de oro no he oído hablar aquí jamás.

- 46 —No obstante, acerca de la piedrecilla que atrae y une a ella a otras piedras¹⁹⁰, no debes ser incrédulo, pues te es posible ver la piedra y admirar todo lo que hay en ella. Llega a ser, pues, la mayor como la uña de este dedo —señalando su pulgar— y se concibe en una cavidad de la tierra, a una profundidad de cuatro brazas; se halla dotada de tanto aliento, que la tierra se hincha y muchas veces se desgarrá al estarse concibiendo en ella la piedra. Procurársela no le es posible a nadie, pues se escapa si no se la atrae con la ayuda de la razón. Pero sólo nosotros, por algunas cosas que hacemos y otras que decimos, obtenemos la *pantarbe*, pues ese es su nombre. De noche, en efecto, emite luz del día, como el fuego, pues es roja y radiante. Si se la mira de día, hiere los ojos con diez mil centelleos. La luz que hay en ella es un halo de una fuerza inefable, pues atrae hacia sí todo lo que hay cerca. ¿Qué digo lo que hay cerca? Te es posible echar al agua cuantas piedras quieras, en cualquier sitio de los ríos o del mar, y no cerca unas de otras, sino desperdigadas y como caigan, y una vez suspendida ésta de un cordel sobre ellas, las recolecta todas por la difusión de su aliento, y se quedarán en racimo sobre ella las piedras, como un enjambre.

pies tan grandes que podían resguardarse del sol con ellos. Los citan ya ARISTÓFANES, *Aves* 1553, y AROUIPO, Fr. 53. Parece que también en este caso la fuente de Filóstrato es CTESIAS, Fr. 60 JACOBY.

¹⁹⁰ Se trata de la llamada *pantarbe*. Filóstrato coincide asimismo en la descripción de sus poderes con CTESIAS, como luego en III 47 en su descripción de los pigmeos (cf. CTESIAS en FOCIO, 46a38).

Y diciendo esto le enseñó la propia piedra y qué 47 efectos tiene. Dijo que los pigmeos habitaban bajo tierra y que se hallaban al otro lado del Ganges, viviendo de la manera que todos han relatado, pero que los esciápodos, macrocéfalos o cuanto refieren al respecto los tratados de Escílax ¹⁹¹, ni vivían en otra parte de la tierra, ni desde luego en la India.

—En cuanto al oro que extraen del suelo los grifos ¹⁹² —continuó—, hay unas piedras moteadas por las salpicaduras del oro como chispas, que extrae este animal por la fuerza de su pico; pues estos animales existen en la India y se les venera como consagrados al Sol, y por eso uncen cuatro de ellos en las estatuas quienes representan en la India al Sol. En tamaño y fuerza se parecen a los leones, pero por la ventaja de sus alas, los atacan a ellos mismos. Son incluso más poderosos que los elefantes y dragones. No vuelan muy alto, sino como las aves de cortos vuelos, pues no se hallan provistos de alas, como es normal entre las aves, sino que tienen urdidadas sus plantas con unas membranas rojas y, girándolas, les es posible volar y combatir desde la altura; el tigre es el único que queda fuera de su alcance, porque su velocidad lo equipara a los vientos. 48

¹⁹¹ Escílax de Carianda, matemático y geógrafo del siglo VI a. C., que, tras un viaje desde el Indo hasta el Mar Árabe, recogió sus observaciones en una miscelánea semihistórica, cargada de elementos etnográficos, muy apreciada en la antigüedad, pero luego perdida. Nada tiene que ver con ella el Pseudo-Escílax, autor de una descripción de la costa del Mediterráneo, que es ya de época de Filipo II de Macedonia.

¹⁹² Los grifos forman parte del tema folklórico de los monstruos guardianes del oro, que conoce formas muy diversas. Su forma se ve repetida con diversas variantes en las iconografías egipcia, hitita, etc. El tema de los grifos llega a Grecia entre el 670 y el 600 a. C., con el poema de ARISTEAS DE PROCONESO las *Arimaspeas*. Cf. una traducción de los fragmentos del mismo en mis *Fragmentos*...

49 —Y el fénix¹⁹³ —prosiguió—, el ave que cada quinientos años visita Egipto, vuela en la India por este tiempo; hay sólo uno, emanado de los rayos del sol y brillante de oro; con talla y figura de águila, se asienta en un nido hecho de especias, junto a las fuentes del Nilo. Lo que los egipcios relatan sobre él, a saber, que va a Egipto, también lo confirman con su testimonio los indios, que cuentan como complemento a esta tradición que el fénix, al consumirse en el nido, canta himnos funerales para sí mismo. Eso mismo afirman que hacen los cisnes los que han tenido suficiente habilidad para oírlos.

50 *Regreso de la colina de los sabios* Hasta aquí las conversaciones que Apolonio mantuvo con los sabios en los cuatro meses que pasó allí, imbuyéndose de todos sus asertos, declarados o secretos. Cuando decidió partir, lo convencen de que devuelva a Fraotes el guía y los camellos junto con una carta, y ellos, tras darle otro guía y camellos, lo despidieron, congratulándose por ellos mismos y por aquél.

Una vez que abrazaron a Apolonio y aseguraron que tendría reputación de dios, entre la gente, no sólo después de muerto, sino incluso en vida, se retiraron al lugar de meditación, volviéndose repetidas veces hacia nuestro hombre, y demostrando que se separaban de él mal de su grado.

Así que Apolonio, con el Ganges a la derecha y el Hífasis a la izquierda, bajó hacia el mar, tras una

¹⁹³ La fabulosa ave fénix se menciona por primera vez en la literatura griega en HESÍODO, *Fr.* 304 MERKELBACH-WEST (cf. la traducción de A. MARTÍNEZ en esta misma colección) y luego por ANTÍFANES, 175. HERÓDOTO, II 73, lo hace originario de Arabia; cf. la nota 288 de SCHRADER en su traducción, pág. 362, donde se apunta que fénix debe ser la transcripción del egipcio *bnw* «garza» y se aportan interesantes datos sobre el tema.

jornada de diez días desde la colina sagrada. En su marcha aparecieron ante su vista muchos avestruces, muchos toros salvajes, muchos asnos, leones, panteras y tigres, así como una especie de monos diferente a los de los pimenteros, pues eran negros, de espeso pelaje, perrunos en sus rasgos e iguales a hombres pequeños.

Hablando acerca de lo que iban viendo, como acostumbraban, llegaron junto al mar, donde se habían construido pequeñas factorías y se hallaban ancladas junto a ellas naves de carga semejantes a las tirrenas. Dicen que el Mar Rojo era muy azul, y que se llama así como dije ¹⁹⁴, por el rey Eritras, que le dio su nombre a aquel mar.

Al llegar aquí, devolvió los camellos a Yarcas con una carta: 51

Apolonio, a Yarcas y a los demás sabios, saludos.

A mí, que llegué junto a vosotros a pie, me habéis concedido el mar, pero también, al hacerme participar de la sabiduría que hay en vosotros, me habéis concedido asimismo viajar por el cielo. Daré igualmente cuenta de ello a los griegos y los haré partícipes de mis palabras, como si vosotros estuvierais presentes, si es que no bebí inútilmente lo de Tántalo.

Que os vaya bien, nobles filósofos. 52

Tras haber abordado una nave, fue llevado por una brisa plácida y propicia, admirado en la desembocadura del Híffasis, por lo peligrosamente que desemboca por ella, pues al final de su curso, como dije, se precipita sobre lugares rocosos y estrechos y sobre pre-

¹⁹⁴ Cf. III 35 y nota 180.

cipicios, abriéndose paso por los cuales hacia el mar por una sola boca, se muestra peligroso para los que se acercan demasiado a tierra.

- 53 Asimismo afirman que vieron también la desembocadura del Indo y que hay sobre ella una ciudad, Patala, rodeada por la corriente del Indo, hasta la cual llegó la armada de Alejandro, a cuyo frente estaba Nearco¹⁹⁵, almirante muy avezado al mando naval. Damis confirma lo que ha dicho Ortágoras¹⁹⁶ acerca del Mar Rojo: que ni aparece en él la Osa, ni los marineros reconocen el mediodía y que las estrellas visibles tienen su orden cambiado, así que es preciso dar crédito a que estas cosas están bien dichas y de acuerdo con el cielo de allí.

Se refiere también a una isla pequeña, cuyo nombre es Biblos, en la que, tanto el tamaño del caracol, como los mejillones, ostras y cosas por el estilo que se hallan adheridos a las rocas, son de dimensiones diez veces mayores que los griegos. Se coge también allí en una valva blanca una piedra, la perla, que ocupa en la ostra el lugar del corazón.

- 54 Dicen asimismo que hicieron alto en Pégadas, en el país de los Orites; los Orites, para quienes son de bronce las rocas, de bronce la arena y de bronce la tierra que arrastran los ríos. Aurífera consideran a su tierra por la pureza del bronce.
- 55 Dicen asimismo que se encontraron a los Comepeces¹⁹⁷, cuya ciudad es Estobera; que éstos se visten

¹⁹⁵ Cf. II 17 y nota 115.

¹⁹⁶ Ortágoras es un autor desconocido, mencionado por Nearco y Onesicrito como testimonio de las particularidades del Golfo Pérsico. ELIANO, *Naturaleza de los Animales* XVI 35, le atribuye unos *Indoli lógoi*.

¹⁹⁷ Con este mismo nombre, *Ichthyóphagoi*, HERÓDOTO, III 19, menciona una tribu en el Mar Arábigo. ESTRABÓN, XV 2, 1, cita asimismo unos *Ictiófagos* en el Golfo Pérsico, y ARRIANO, *Indiká*

con pieles de los pescados más grandes, que su ganado huele a pescado y come cosas extrañas, pues los pastores los apacientan con peces, como en Caria con higos.

Los indios carmanos ¹⁹⁸, una tribu apacible, viven junto a un mar tan surtido de peces, que no tienen peces almacenados ni, como el Ponto, los salazonan, sino que venden unos pocos de ellos, pero a la mayoría, dando aún boqueadas, los devuelven al mar.

Dicen también que llegaron en su travesía a Bálara; ⁵⁶ que Bálara es un puerto comercial lleno de mirtos y palmeras; que vieron allí laureles y que por el lugar fluyen abundantes fuentes. Asimismo, que cuanto producen los huertos de hortalizas y los jardines de flores, brota en abundancia, y que hay también en él puertos llenos de calma. También dicen que hay frente a este lugar una isla sagrada, que se llama Selera; que está a unos cien estadios del puerto y que en ella vive una Nereida, terrible demon, pues se apodera de muchos marineros y no permite a las naves ni echar un cable a la isla.

Merece la pena no pasar por alto su historia acerca ⁵⁷ de la otra perla, dado que ni siquiera a Apolonio le pareció pueril, sino que es gratísima como invención y la más admirable de las que hay sobre las faenas de la mar. Pues bien, la parte de la isla que da a mar abierto es un fondo marino insondable, y produce una ostra con una valva blanca, llena de grasa, pues no produce ninguna piedra. Allí, aguardando a la bonanza y allanando el mar ellos mismos —eso lo consigue el vertido de aceite—, se zambulle uno a la captura de la ostra, pertrechado en lo demás como los que cortan

XXVIII 1, siguiendo a Nearco, hace asimismo mención de un pueblo del mismo nombre.

¹⁹⁸ Esto es, los habitantes de la actual Kirman, a orillas del Golfo Pérsico.

esponjas, pero tiene asimismo un prisma de hierro y un frasquito de perfume. Asentado, pues, el indio junto a la ostra, se sirve del perfume como señuelo, y aquélla se abre y se intoxica por él, así que, atravesada por un pincho, suelta su linfa. Él la recoge en el prisma que tiene perforadas una serie de molduras. Se petrifica allí y adquiere una forma regular, como la perla por su natural. En cuanto a la perla, es sangre blanca de un mar rojo. Dicen que se dedican a esta captura también los árabes que habitan enfrente de ellos; asimismo, que a partir de allí el mar está lleno de animales, que se congregan en él las ballenas en rebaño y que las naves, como protección contra ello, llevan campanillas a proa y a popa, porque su sonido aterra a estos animales y no los deja aproximarse a las naves.

- 58 Tras alcanzar en su navegación la desembocadura del Éufrates, dicen que remontaron por él hasta Babilonia, a ver a Vardanes¹⁹⁹, y que, después de hallarlo como lo habían conocido, llegaron de nuevo a Nínive. Dado que Antioquía seguía tan arrogante como de costumbre y sin interesarse por nada de los griegos, dicen que bajaron por mar a Seleucia, y habiendo encontrado barco, navegaron hacia Chipre, a Pafos, donde se halla la sede de Afrodita, que le admiró a Apolonio por su construcción simbólica²⁰⁰ y, tras haberles enseñado muchas cosas a los sacerdotes respecto al ritual del templo, navegó hacia Jonia, en medio de la admiración y tenido en consideración entre los que estiman la filosofía.

¹⁹⁹ Cf. la nota 72 a I 28.

²⁰⁰ TÁCITO, *Historias* II 3, nos describe un ídolo en forma de cono, que se aviene bastante bien con la descripción que aquí nos ofrece Filóstrato.